

El Porqué de mi Canto

Aldo Antonio Fruttero



Ediciones del Puente

Fruttero, Aldo Antonio

El porqué de mi canto / Aldo Antonio Fruttero ; prólogo de José Luis Fruttero. -
1a ed. - Río Cuarto : Ediciones del Puente, 2021.

344 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-48008-9-3

1. Memoria Autobiográfica. 2. Música. I. Fruttero, José Luis, prolog. II. Título.
CDD 808.8035

El Porqué de mi Canto

© *Aldo Antonio Fruttero*

Diseño de portada:

Francisco José Fruttero

Diagramación:

Rosana Rodeghiero - Maximiliano Brito

© ***Ediciones del Puente***

Río Cuarto - Córdoba - Argentina

edicionesdelpuente@gmail.com

www.edicionesdelpuente.com.ar

1ª edición - 2021

Impreso en Talleres Gráficos Elías Porter / Argentina

En el mes de octubre de 2021

Tirada 300 ejemplares

El canto de mi padre

Por años mi padre fue hilvanando este libro. Dos inviernos atrás, en la mañana fría de un seis de julio, se fue de este mundo repentinamente, sin tiempo de despedirse. Había terminado su libro en un original mecanografiado, al que se agregaban manuscritos y partituras sueltas. No alcanzó a publicarlo. Siento que su corazón estaba más en vivir el hacerlo, sin un final buscado, como un eterno solazarse en revivir recuerdos. Trabajar en el libro le hacía brillar la mirada y, al mismo tiempo, ese hacer sin plazos ni objetivos –hacer que del mismo modo repetía en otros aspectos de su vivir cotidiano– se terminó convirtiendo en una voz de alerta que nos despierta a todo lo que no vivimos por estar demasiado tras las metas.

Mi madre, su compañera de toda la vida, decidió terminar lo que estaba iniciado. Se comprometió con este homenaje postremo. Es mérito de mi padre “El porqué de mi canto”. Es mérito del tezón mi madre que llegue a ser libro publicado.

Desde ya prologar a mi padre –uno de los caballeros del folclore, como se los conocía a “Los hermanos Fruttero” en aquellos años de brillo en los escenarios de mitad del siglo XX– me excede en todo sentido. Sólo puedo acercar a estas letras el valor de la sangre.

No agrega nada decirles aquí lo que, en mejor modo, el propio libro narra y describe. El propósito que mi padre tuvo –si hubo alguno– fue el de dejar, de su pluma, la historia de su música.

ca y su poesía, que es en gran parte la historia del conjunto, pero también la historia de aquellos con los que compartió la magia de la creación poética, y la de aquellos con los que se elevó en la mística reunión de los escenarios.

Su propósito está logrado. En las páginas que siguen están la poesía y la música creada, tanto como las historias detrás de ellas. Sólo me queda a mí suplir lo que la humildad del escritor regatea exhibir: la verdadera dimensión de su obra, y de lo que significaron “Los hermanos Fruttero” para dos o tres generaciones de coterráneos, a los que llegaron con su mensaje desde la radio —medularmente aquella histórica Radio Ranquel del sur cordobés— desde los escenarios y de la entonces liminar televisión única.

Es que aquel conjunto y cada uno de sus integrantes, primero circunscriptos al pago chico, luego no sólo compartieron escenarios y estudios radiales con luces de nuestro firmamento folclórico, sino que también labraron fuertes vínculos de amistad con almas de altura indiscutida. Y trajeron a su gente, a las familias de nuestro interior, sufridas a veces por las inclemencias de esa historia pendular y contradictoria de los argentinos, un mensaje de la tierra noble y elevado, acercándoles sin estridencias el color de los valores perpetuos y la esperanza de un canto a la vida.

Mi padre era esencialmente un poeta. Un poeta con el sentido de la música. De las melodías de la tierra. De tal modo, su obra no podía ser sino poesía cantada. Sin auspicios ni vanaglorias es profunda y bella en el idioma del terruño. Él era un hombre que tenía una clara comprensión del curso del tiempo y las limitaciones humanas. Hoy me doy cuenta de que muchas veces expresaba el dolor sereno de percibir lo pasajero de la vida y, a la vez, la belleza que encierra aquello que sabía que era como todo, al fin y a su pesar, efímero.

En su infancia vivió el horizonte despojado de la llanura del sur de Córdoba. Siempre recordaba el itinerario de la casa paterna a la escuela rural, el paso manso de su caballo pasando por el puente del arroyo Chucul, y las pequeñas historias del campo. Amaba y admiraba a su padre, recto y callado, de un silencio imponente. La imagen épica de don José, mi abuelo, con su alazán de la remonta, no lo abandonó nunca.

Hombre íntegro, respetuoso, pacífico, era alegre casi sin solución de continuidad. Lo recuerdo así, y quiero seguir haciéndolo, siempre inclinado a una sonrisa. No era demostrativo más que a su modo recatado y en el fondo tímido. Amó y fue amado. Mientras le alcanzó el aliento, a todos en su familia les construyó, de su mano, un regalo de poesía y música. Pienso, esto a mi cuenta y cargo: Él vivió en la poesía y sobrellevó lo cotidiano. Las obligaciones y el deber ser de la existencia podía respirarlos sólo con su mirada siempre más allá, tan clara como ajena a este mundo.

Él valoró sobremanera la amistad, más allá de la condición y las circunstancias, más allá de la fama o el anonimato. Esto lo sabrán ver en su narrativa, en sus creaciones compartidas. Mucho cultivó en su vida la amistad, y mucho se ocupa aquí de los amigos con quienes transitó su camino.

El anhelo de perdurar nos hace tal vez sentir que podemos vivir en el recuerdo de los otros. Ojalá sea así. Ojalá este libro lleve a muchos de ustedes a que recuerden a este poeta y músico que fue mi padre, en el reflejo de su propia expresión.

Yo lo llevo –como todos los suyos– en la memoria de mi corazón.

José Luis Fruttero

A manera de Prólogo

José Florencio Fruttero, mi padre, ha sido sin dudas y tal vez sin proponérselo, el jagüel donde abrevé el saber, el sabor, el hábito y el amor por las cosas de nuestra tierra.

Hijo de italianos, sus ancestros llegaron a estas latitudes allá por el año 1890 y de inmediato fueron “entropillados” y remitidos a probar la pampa gringa, en la provincia de Santa Fe, donde permanecieron varios años y nacieron cinco de sus siete hijos. Luego emigraron hacia el sur y recalaron en Las Higueras, entonces un minúsculo caserío en torno a la estación del ferrocarril, muy cerca de Río Cuarto, en la provincia de Córdoba.

Él, que había nacido con el siglo en Lehmann, pequeño poblado del centro oeste santafesino y transitado por Ucacha y Villa María en diversas actividades, tras constituir su familia (mi madre, mis dos hermanas y yo), arrendó entre Las Higueras y Chucul una estanzuela para dedicarse por entero a las tareas rurales que lo apasionaban tanto como la música y el canto telúrico. Allá nos fuimos a residir.

Pese a que yo era muy pequeño, aún recuerdo, que en la humilde vivienda pintada de blanco donde vivíamos, pendía de una de las paredes del comedor una guitarra desnuda, sin estuche, en la que todas las tardes, después de las tareas cotidianas, pulsaba mi viejo y entre mate y mate entonaba aquellas canciones que cantaban los cantores nacionales de la época.

También contábamos, por suerte, con una antigua vitrola que emitía desde su ondulante y metálico sonido el canto que, a través del disco (aquellas tortas negras de 78 rpm), nos aportaban Carlos Gardel, Ignacio Corsini, Agustín Magaldi, Libertad Lamarque, Azucena Maizani, la eterna Nelly Omar entre otros. Tales sonidos “yapados” al trino de las aves, al mugido del vacaje, al relincho de los caballos y al ladrido de los perros, era todo lo que rompía el silencio de la inconmensurable llanura.

Cuando despuntaba el año 1934, recién, para nosotros, llegó la radio. Este cajoncito sonoro nos cambió los hábitos y, por ende, la vida. La considero una anécdota y, como tal, la cuento: Nuestra casa distaba aproximadamente unos mil metros de la portada de acceso al campo. Desde allí, una huella paralela al alambrado arribaba al “viandante” hasta la casa.

Los días propicios (domingo y sin viento), para entretenernos, subíamos algunos metros por la escalera del molino y oteando generalmente hacia el sur, alcanzábamos a divisar los vehículos y la polvareda que levantaban y tratábamos de acertar quiénes eran los vecinos que lo hacían. Como éstos eran pocos y menos aún los que disponían de automóvil, no resultaba tan difícil detectar. Podrían ser los Gianinetta, los Fiavelli o tal vez don Renovato Rodríguez con su poderoso Ford T.

Estábamos precisamente en esa tarea un domingo a media mañana cuando, recorriendo el horizonte, observamos que un automóvil se detuvo en nuestra tranquera. Entró y se dirigió hacia nuestra casa.

¿Quién será? ¿Tal vez Fulano, tal vez Zutano?

Nos quedamos sin suposiciones cuando vimos bajar del mismo a nuestro tío Atilio (cuñado de papá), que venía acompañando a un señor que portaba una pequeña valija. Tras los saludos de rigor, papá los invitó a pasar y les ofreció los clásicos mates que, gustosos, aceptaron.

¿Qué motivos lo traían a este tío que nunca antes nos había visitado?

Muy atildado, peinado “a la gomina”, vestido de traje, corbata, zapatos negros, puntiagudos y muy brillantes, como era ha-

bitual en él, presentó a su “ladero” que lo igualaba en atuendo y, luego de conversar del tiempo, de la sequía, de la lluvia, de los caminos poccados, etc., prólogo del inicio de toda conversación, comenzó con su perorata de vendedor.

Empezó diciendo que nos traían la solución para revertir el silencio en que vivíamos. Que al descanso se lo debía complementar con música y palabras y que ya no se debe vivir sin estar enterado de lo que pasa en “el mundo y sus alrededores”, y unas cuantas cosas más.

Luego de su panegírico, le cedió la palabra al de la valija. Éste tomó una carpeta, comenzó a mostrar fotos de radios y agregó que teníamos el privilegio de ser visitados para proveernos de este elemento hoy fundamental.

En síntesis, papá, con el beneplácito de mamá, de nosotros y de la gente que colaboraba como empleados, decidió la compra. Anticipó una seña y se comprometieron a traerla e instalarla el domingo siguiente. Para ello, debíamos tener plantado en un lugar indicado un poste lo más largo posible para colocar en él la antena. La semana se nos hizo eterna, especialmente a nosotros, los niños, pero cumplieron con lo pactado; el domingo siguiente llegaron, la colocaron, le conectaron la batería y comenzó a deleitarnos.

Cuando todo estuvo en condiciones, cobraron el saldo (algunos pesos debe haber recibido el tío Atilio) y se marcharon satisfechos como nosotros.

Ese mismo domingo por la tarde, enterados de la novedad, se acercaron algunos vecinos que se sumaron a la gente de la casa y el aparato fue silenciado como a las diez de la noche.

El lunes ocurrió lo mismo, también el martes y el miércoles, hasta que se agotó la carga de la batería.

Bernardino, el encargado de llevar diariamente el “ordeñe” a Las Higueras para entregarlo a los lecheros distribuidores, llevó también la batería agotada a la usina de don Raúl Brutinel para recargarla. Eso significaba dos o tres días de silencio musical.

Con este advenimiento se hizo factible ampliar las posibilidades de escuchar una mayor cantidad de intérpretes, tales como La Tropicilla de Huachi-Pampa, que dirigía Buenaventura Luna; Los

Trovadores de Cuyo, de don Hilario Cuadros; Hermanos Abrodos; los incipientes Hermanos Ábalos; a los dúos Ruiz/Torres, Magaldi Noda; a don Atahualpa Yupanqui; recitadores como Fernando Ochoa, Rodolfo Gallardou (el indio Apachaca); el radioteatro de Blanca del Prado/Jorge Lanza, que interpretaban aquellos dramas telúricos que escribía Manuel A. Meaños. Todos calaron muy hondo adentro mío.

Lejos estaba de imaginar, por aquellos días, que la vida me permitiría compartir escenarios y disfrutar la amistad de muchos de ellos.

A partir del año 1940, precisamente en el mes de febrero, nos radicamos en Río Cuarto. Mis padres decidieron que debíamos seguir estudiando en la ciudad. Mis hermanas fueron inscriptas en el Colegio del Carmen y yo en las Escuelas Pías, y de inmediato ingresé al coro de niños.

Aquella niñez de pantalones cortos la viví en la escuela primaria y en el primer año de secundaria.

Digo niñez de pantalones cortos porque entonces se nos consideraba niños hasta los doce años y, eventualmente, hasta los catorce, según la contextura física, de modo que los “cortos” eran ineludibles. Por supuesto que no significaba una obligación, pero sí una costumbre que debí cumplir. De allí en adelante, nos calzábamos los “largos”.

Con Juan y Víctor (los hermanos que conmigo conformaron el trío de Los Hermanos Fruttero), además del vínculo familiar¹,* éramos muy amigos. Aunque ambos con algunos años más que yo, me invitaban a participar de las mateadas guitarreras, acompañadas de torta frita, los sábados a la hora de la siesta.

Posteriormente, la vecindad con San Luis, especialmente con Villa Mercedes, y el vínculo con sus eximios guitarreros y cantores (Alfredo Alfonso, José Adimanto Zabala, Rafael y Jorge Arancibia Laborda, Luis Urtubey, Félix Máximo María, Alberto, Pedro y Medardo Herrera, y tantos más) inclinaron nuestra preferencia por la música cuyana.

1 Juan y Víctor eran hermanos entre sí, y primos hermanos del autor.

En síntesis, nuestra actividad musical comenzó a mediados de la década del cuarenta. Apoyados, como ya lo manifesté, por un trovador mendocino que nos introdujo en el mundo de las tonadas y las cuecas, entramos a transitar el camino del canto.

Hoy, a más de medio siglo (sesenta y seis años, para ser más preciso) de aquellos días. Coincidimos en que, pese a no alcanzar un éxito material importante, que tampoco buscábamos ni ambicionábamos, cosechamos un enorme caudal de amigos, tanto como satisfacciones y anécdotas.

El porqué de mi canto

No es mi intención escribir la historia de nuestro conjunto musical folklórico. No creo que la tenga o, al menos, no es relevante, aunque los caminos andados y las vivencias recogidas a lo largo de medio siglo tal vez pudieran justificarla.

Trataré de relatar solamente, si la memoria me acompaña, la actividad desarrollada pero, fundamentalmente, recordar con mucho afecto a los amigos músicos que nos acompañaron durante ese largo período de tiempo.

También, con ese mismo afecto, a los colegas que transitaron iguales caminos, desde la música y el canto, y que nos brindaron su amistad y su apoyo.

Dejaré en las alforjas una enorme cantidad de anécdotas, para abreviar el relato pero, si Dios me sigue prestando la vida, en algún momento habré de escribirlas.

Además, quiero agregar a estas páginas que sólo pretendo cobijar un puñado de recuerdos, un grupo de temas musicales de proyección folklórica (algunos propios, otros compartidos), que desde entonces hasta hoy nacieron de mi modesta capacidad autoral.

Si tuviera que precisar con exactitud cuándo comenzamos a cantar, diría que no lo sé. Creo que desde siempre. Tampoco cuándo dejaremos de hacerlo, porque, aunque esporádicamente, todavía nos damos el gusto de manifestarnos a través del canto.

El Supremo Hacedor será quien lo decida.

Lo que sí puedo aseverar es cuándo comenzó a cantar la primera formación más o menos organizada. Ocurrió a mediados del año mil novecientos cuarenta y seis. Fue un trío de voces y la integraban Víctor, Juan y Tito Figueroa, en canto y guitarra.

Aquí habré de detener unos instantes mi relato, para recordar a este amigo guitarrero y cantor de cuecas y tonadas.

Había recalado en nuestro Río Cuarto, procedente de su Mendoza natal. Nunca supimos realmente cuáles fueron los motivos que lo trajeron a estos lares. Se instaló en una pensión que funcionaba en una antigua casona de Lamadrid al 1100.

Allí también residía Julio César López, quien había arribado de Villa Huidobro y cumplía con el servicio militar obligatorio en

el Distrito Militar 46 de Río Cuarto, donde también lo hacía Juan Fruttero, de modo que Julio César fue el puente que nos conectó con Tito Figuera.

Era un hombre sumamente simpático, alegre y, si bien algo mayor que nosotros, su jovialidad acortaba la distancia. Se manejaba muy bien desde el escenario. Sumamente “canchero”, disimulaba perfectamente sus equivocaciones y las de los demás. Ferviente amante y difusor de la música de Cuyo, la transmitía con la pasión de las cosas muy queridas. De esa fuente bebimos, sin duda, nosotros, los hermanos Fruttero y, por ende, nuestro apego a la misma se debe, en gran parte, a su influencia.

Un día, tal como había venido, se marchó. Nunca supimos nada de él. De esto ya pasaron largos cincuenta años.

Como el conjunto ya había empezado a dar sus primeros pasos y crecía el entusiasmo, se decidió agregar integrantes al mismo. Se logró convencer a Constancio Remo Re para que acompañara desde el piano y yo (Aldo), que conocía el repertorio, ingresé como tercera voz. El mismo se completó con el ingreso de Julio César López como presentador.

La actividad, por entonces, no era permanente. La realizábamos, por lo general, en festivales benéficos y en salas como el cine teatro Plaza, teatro Municipal, cine teatro Avenida y en el inolvidable Círculo Católico de Obreros.

En el escenario de esta sala, precisamente, fue tomada esta fotografía, que corresponde a la primera actuación pública, tras su formación, del conjunto (trío) que, como dije, integraban Víctor, Juan y Tito Figuera².

2 Se respeta el texto mecanografiado, donde originalmente el autor intercalaba texto con fotografías. En esta edición impresa, la fotografía a la cual refiere se encuentra en la página 333.

Mil novecientos cincuenta y dos. Ese año comenzó nuestra labor en LV16 Radio Ranquel de Río Cuarto, filial de LR3 Radio Belgrano de Buenos Aires. Hacía muy poco tiempo que ésta había comenzado a emitir sus programas radiales, cuando Reynaldo Aberboch (Tulio Reyna) nos llamó para ofrecernos un horario importante dentro de su programación.

Debo decir que Tulio Reyna era el director de la emisora. Vino de Buenos Aires, se aquerenció en nuestro Imperio y aquí se quedó definitivamente.

Retomando el relato que venía haciendo, diré que él concretó, con la firma Moretti y Cía., por entonces representantes de General Motors, un mes de actuación, los domingos a las 10:30. Ese mes se prolongó a tres o más, no recuerdo con exactitud, y lo conducía el director artístico Scarafía.

Quiero recalcar que, en aquellos tiempos, un alto porcentaje de la emisión musical se hacía a través de números vivos.

Por ese auditorio de Colón 78, pasaron las orquestas típicas de Arístides Zavala, la de Contreras y Báez, la Maipo de Jorge Palacios, cantores como Nelio Gualpa, Juan Marchisio, Lucas Castillo, Julio C. López, Bill Rosales, el trío Báez, Severo Vietri, don Vecino y Eugenio Robinet. También el radioteatro tuvo su espacio. Allí estuvieron César Córdoba, Hugo Maldonado, Federico Fábrega, Rafael Del Valle y, posiblemente, otros.

Fueron guitarristas estables Vecino, Esteur, Ceimandi, Oscar Quiroga, Agustín Gómez y Héctor Becerra. También allí hizo sus primeras armas como presentador/glosador de la precitada orquesta Maipo el hoy erudito en tango Fredy Dileña. Sé que me estoy olvidando de muchos más, por lo que pido disculpas por no nombrarlos.

Contaba con un cuerpo de locutores/animadores o mejor, conductores realmente de valía. Por allí pasaron Jorge Oviedo, Santiago (Pililo) Palazzo, Eduardo Daniel (Lalo) Pinasco, Eduardo Roulet, Isabelita González, Graciela Méndez Robledo, Gloria Simons, Coco Cortez, Peral, Piñín Fuentes y tal vez algunos más. De los artistas con prestigio nacional (e internacional algunos) fueron muchos los que pasaron por la emisora. Recuerdo con mayor nitidez a Atahualpa Yupanqui, Edmundo Rivero, Los Hermanos Ábalos, Los Hermanos Abrodos, Los Fronterizos, Los Cantores de Quilla Huasi, porque con ellos compartimos algunas emisiones.

Allá por fines de la década del cincuenta, creo que en 1958, para ser más preciso, la radio se privatizó. La licitación fue obtenida por Inti Huasi SA. Las emisiones se siguieron efectuando desde Colón 78 y con una similar programación, pero cambió la dirección, que desde entonces fue ejercida por el Cdr. Juan Luis Baetti.

En este relato, realizado más o menos cronológicamente, he omitido, sin querer, a radio operadores como Carlitos Gaich, el “Flaco” Bonetti, el “Gordo” Casali, por nombrar los que más contacto tuvieron con nosotros y nos distinguieron con su amistad.

Antes de avanzar en mi relato, voy a agregar algo que se me había quedado en el tintero.

Cuando convinimos con Tulio Reyna nuestro ingreso a LV16, ya teníamos incorporado al conjunto a Constancio Remo Re como pianista, incluso ya habíamos contado en algunas oportunidades con su acompañamiento, pero por un “exceso” de responsabilidad, aprecio yo, optó por no hacerlo en radio. Lo entendimos.

Remo (no le agrada su primer nombre, prefería que lo llamáramos con el segundo) era un excelente músico, pero el instrumento que más dominaba era el bandoneón. Siempre integró, como tal, orquestas típicas.

Si bien su capacidad y ductilidad le permitían ejecutar piano, no es fácil, sin duda, pasar del ritmo tanguero a la música folklórica y con un instrumento nada común para él; por tal razón, lo relevamos del compromiso.

Lógicamente que esto resultó también un problema para nosotros, puesto que no fue nada fácil conseguir dos guitarristas de valía, puesta que los que había en el medio, algunos estaban ocupados y otros eran demasiado “pichones” para tal responsabilidad.

Ocasionalmente, un amigo de Sampacho, Bernardo Barrera, dueño de un tradicional bar y comedor ubicado en una esquina, frente a la estación del ferrocarril, nos allanó la mitad del camino. Enterado de nuestra búsqueda, nos hizo llegar el mensaje de que, en esa localidad, estaba residiendo un excelente guitarrista, oriundo de Villa Mercedes (San Luis), que fuéramos a su casa y él nos lo presentaría.

Allá fuimos, “consumimos” un buen asado y conocimos a Vicente Astorga, quien nos impresionó muy bien como persona y como ejecutante. Morocho, alto de sonrisa fácil, nos entendimos de inmediato. Él trabajaba como guarda del Ferrocarril San Martín, que hacía el recorrido Río Cuarto-Villa Mercedes, de modo que pernoctaba como mínimo dos veces por semana en la ciudad, lo que facilitaba en gran medida los ensayos.

A la segunda guitarra la localizamos en Las Higueras. Ramón Luna (tal el nombre de este amigo y colaborador) era bonaerense y, en contraposición con Astorga, era muy serio y concentrado en su trabajo, que realizaba con calidad. A él lo íbamos a buscar en el viejo Chevrolet de mi padre y, luego de los ensayos, lo regresábamos a su pueblo de adopción.

Así, con ellos de acompañantes, transcurrió nuestro primer ciclo radial.

A partir del siguiente ciclo, se incorporó Constancio Remo Re y, con él, compartimos varios años de actuación y de cordialísima amistad, que siempre conservamos.

Ese primer ciclo fue realmente exitoso. Pese a que la potencia de la emisora LV16 era limitada y, lógicamente, más pequeña la cobertura de la zona, recibíamos desde los pueblos notas de adhesión y voces de aliento.

A partir de entonces, se nos presentaron varias oportunidades de avanzar en la actividad, pero no supimos o, mejor dicho, no nos decidimos a aprovecharlas. Esto lo comentaré más adelante, puesto que ahora trataré de continuar con el objetivo de seguir cronológicamente con el relato.

Terminado ese inicial ciclo y ante la inminencia de nuevas actuaciones radiales, resultaba imprescindible ampliar el repertorio. Para ello, también debíamos incrementar los ensayos. Esto era crucial para mantener y superar la capacidad del grupo. Decidimos hacerlo diariamente, durante dos o tres horas.

A Vicente Astorga ya no le coincidían los horarios y con Ramón Luna no era posible viajar constantemente a Las Higueras para traerlo a los ensayos y luego retornarlo a su domicilio. Por

tales motivos, debieron desvincularse del conjunto, muy a pesar de ellos y de nosotros.

Ante esta situación, habíamos vuelto a fojas cero.

Cargamos entonces, nuevamente, sobre Constancio Remo Re quien, ante nuestra insistencia, aceptó y se reincorporó de inmediato, pero a condición de que lográramos el apoyo de, por lo menos, una guitarra.

Fue un apreciado amigo, el escribano Moisés Cabrera, prestigioso notario de este Imperio, que ya no está con nosotros, quien nos sugirió probar a un joven guitarrista. Nos dijo: “Yo he tenido la oportunidad de escuchar a un muchachito (pichón todavía) que toca muy bien. Además, es muy discreto y seriecito. Creo que les vendría muy bien. Si quieren, yo puedo ubicarlo”.

Lo contactamos, probamos y lo incorporamos al equipo. Su nombre: Oscar Quiroga.

Nos acompañó alrededor de dos años. En ese ínterin, consiguió la estabilidad como guitarrista de la emisora, mientras seguía colaborando con nosotros. Posteriormente, agitó sus alas y voló hacia Buenos Aires, donde continuó su carrera de músico profesional, integrando diversos conjuntos. Luego de varios años, la nostalgia de su terruño lo trajo de vuelta.

Hurgando en el tiempo, concluyo en que Oscar estuvo ligado a nuestro quehacer musical desde 1953 hasta, aproximadamente, 1956. Luego de su alejamiento, Héctor Becerra y Agustín Gómez se incorporaron al conjunto, pero solamente actuaban en las emisiones radiales, puesto que en las que se realizaban fuera de ese ámbito sólo nos acompañaba Remo Re.

Éste fue un período en que el conjunto estuvo muy bien afianzado y, con ellos, viajamos a Buenos Aires, a realizar los tres primeros discos comerciales, en 1957.

En 1957, no recuerdo en qué mes y día, se concretó lo que tanto estábamos anhelando: el disco.

Entonces, no era nada accesible grabar. Las empresas especializadas no eran tantas y los medios de difusión tampoco abundaban, razón por la cual seleccionaban muy bien a los intérpretes porque, si no acertaban en la elección, la placa no producía.

Hoy, tampoco debe ser sencillo grabar comercialmente, pero existen posibilidades de hacerlo y muy bien, en grabadoras particulares, haciéndose cargo del costo, por supuesto, del trabajo realizado y de la distribución del material.

Nosotros tuvimos la suerte de que, en el lapso de quince o veinte días, nos ofrecieron contrato dos empresas: Interbas SA (discos TK), que era una escisión de RCA Víctor y que, a través de un Sr. Gandolfo, gerente comercial de la misma, vino a proponernos integral el plantel musical de su empresa.

A TK habían pasado, desde RCA, Aníbal Troilo y su orquesta típica, Edmundo Rivero, Eduardo Falú, e ingresábamos Los Cantores de Quilla Huasi, Los Fronterizos y nosotros. Debíamos grabar tres discos de 78 rpm; es decir, seis temas.

La otra posibilidad era Odeón, cuyo gerente de ventas, el Sr. López (no recuerdo su nombre, pero sí que era el esposo de Ramona Galarza) nos ofreció algo similar. Creo que aquí nos equivocamos, porque Odeón era una empresa más poderosa que TK y su poder de distribución, también mayor.

No obstante, ya habíamos dado nuestra palabra y fuimos a Interbas. Los temas grabados fueron: Villa Heroica, de nuestro coterráneo y amigo Jorge Torres Vélez; Zamba, de Zaldívar; La Jota Cordobesa, recopilación de Marcos López; Zamba de la Palomita, de Francisco Amor; El pago de Don Germán, una cue-

ca que nos pertenece, y Del tiempo'í mama, zamba de Don Polo Giménez. Fuimos el primer conjunto que grabó esta obra, que posteriormente tuvo repercusión nacional.

Entonces, el grupo estaba constituido por Constancio Remo Re, en piano; Héctor Becerra y Agustín Gómez, en guitarras punteras, y nosotros tres, en guitarras y bombos de acompañamiento y, obviamente, voces.

Recuerdo que llegamos a Buenos Aires el día anterior al fijado para comenzar la tarea de grabación. Polo ya había convocado a un grupo de amigos, entre ellos, Atuto Mercado Soria, Abel Figueroa y otros. Todos estuvieron en la sala de grabación; incluso, Abel hizo de “bombisto” en la grabación y Polo la introducción hablada en su zamba Del tiempo'í mama.

Estuvimos un par de días en esa actividad. Los equipos técnicos eran de última generación, pero claro, última generación de los años cincuenta, de modo que por diversos motivos (alguna equivocación o algo que no nos satisfacía) había que borrar y comenzar de nuevo; no obstante, el objetivo se cumplió.

Por la noche, más distendidos, sin el nerviosismo lógico de días anteriores, fuimos a cenar con la colonia de músicos provincianos que nos acompañaban y, como era “obligación indeclinable” de los novatos en ese “metier”, pagar la cena; allá fueron a parar los pesos de nuestro contrato.

Tras la grabación, comenzó, por suerte, la difusión de los discos, que eran aquellas “tortas negras” de 78 rpm y, lógicamente, aumentaron los requerimientos de actuación.

Ya no éramos solamente un conjunto regional. Teníamos cierto predicamento en el ámbito nacional. Realizamos un ciclo en LV2 de Córdoba, luego en LT8 de Rosario, LV14 de La Rioja, LV13 de Catamarca, LV15 de Villa Mercedes (San Luis) y otras.

No obstante, desde fines de 1957 hasta septiembre de 1958, por razones particulares, estuve desvinculado del conjunto. En ese lapso de tiempo, fui reemplazado por un muy estimado amigo (muy jovencito entonces): Ricardo Pedraza quien, al reintegrarme, pasó a formar parte del Trío Dominó, un excelente grupo melódico, con Amati, Gil y Ontivero.

También Remo Re volvió a su antigua pasión (como reza el tango) y prácticamente de inmediato se nos incorporó Dardo Luis Mercado, excelente pianista (ex acompañante de los Hermanos Albarracín) y maravilloso amigo que, con el tiempo, pasó a ser nuestro hermano menor en el afecto.

Con la incorporación del “Corderito” (apodo que ya traía desde su Rioja natal, por lo enulado de su pelo), el grupo quedó formado por cuatro integrantes.

En los primeros meses de 1959, contrajo matrimonio con una coterránea gauchísima, riojana de alma. Se radicaron en este Río Cuarto que nosotros tanto queremos y que ellos también aprendieron a querer, pero la nostalgia de su gente y su tierra pudo más y retornaron. No obstante, cuando requeríamos su presencia para alguna actuación de importancia, siempre estuvo presente.